ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA.

POR LAS NUBES.

JUGUETE CÓMICO, EN UN ACTO,

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. JOAQUIN DE NESTOSA Y D. EDUARDO SANCHEZ DE CASTILLA.

Representado por primera vez en Madrid, en el Teatro de la Comedia, la noche del 16 de Abril de 1877.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1877.

POR LAS NUBES.

JUGUETE CÓMICO, EN UN ACTO,

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. JOAQUIN DE NESTOSA Y D. EDUARDO SANCHEZ DE CASTILLA.

Representado por primera vez en Madrid, en el Teatro de la Comedia,
la noche del 16 de Abril de 1877.

MADRID.
IMPRENTA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y C.ª
(SUCESORES DE RIVADENEYRA),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, número 3.

1877.

PERSONAJES.		ACTORES.
DOÑA VICTORIA	SRAS.	VALVERDE.
LUISA		GONZALEZ.
MARIANA		BALLESTEROS.
ALEJO	SRES.	CASTILLA.
PEPE		PEÑA.
D. SERAPIO		RODRIGUEZ.
CÁMARA		ALVERÁ.
TIBURCIO (*gallego*)		GUERRA.

La accion se supone en Madrid, época actual.

Entiéndase por derecha é izquierda la del actor.

ACTO ÚNICO.

Habitacion en casa de Alejo.—Mesa de despacho con todos sus accesorios.—Puerta al foro y laterales.—A la derecha, en primer término, una ventana.

ESCENA PRIMERA.

TIBURCIO, *sentado: tiene en la mano un gran pañuelo que se lleva con frecuencia á los ojos.* MARIANA, *de pié, á su lado.*

MARIAN. ¿Es decir, que no se sabe de él ni la menor noticia?

TIBUR. Ninguna absolutamente.

MARIAN. ¡Pero eso no es posible!

TIBUR. He estado en el Ferro-carril, en el Ayuntamiento, hasta en el Observatorio, y nada, mi amo no parece. A estas horas él y el globo se han hecho mil pedazos.

MARIAN. Vamos, cuanto más lo reflexiono, ménos acierto á comprender lo que ha pasado.

TIBUR. ¿Pues no estabas tú ayer con tu señorita en la Plaza de los Toros?

MARIAN. ¡Ya lo creo que estaba! A mi señorita la gustan mucho esas funciones de gimnasia y de... Y á mí tambien; más que las corridas.

TIBUR. Entónces verias volar á mi amo.

MARIAN. ¡Y tanto!... Yo estaba embobada viendo los preparativos que hacian para hinchar el globo, cuando de pronto, al soltar los mozos las cuerdas, veo al señorito Alejo colgado de una de ellas.

TIBUR. ¡Válgame Dios!

MARIAN. Muchos decian allí que lo habia hecho á propósito

TIBUR. ¿Cómo á propósito? ¡Ni que fuera un gorrion!

MARIAN. ¿Entónces cómo ha sido?

TIBUR. ¿Tú no viste que mi amo no apartó en toda la tarde los ojos de tu señorita?

MARIAN. Como que estábamos frente por frente en las sillas del redondel...

TIBUR. Pues bien; mi amo estaba tan distraido, que en el momento de salir el globo, una de las cuerdas se le enredó entre los piés...

MARIAN. ¡Qué fatalidad!...

TIBUR. Pierde el equilibrio, se agarra á ella, y sale por esos aires dando más vueltas que una peonza.

MARIAN. ¡Vaya un caso extraordinario!

TIBUR. ¡Todo por mirar á una mujer!... ¡Si sois la perdicion del género humano! (*Llora.*)

MARIAN. Vamos, hombre, no te aflijas. Ya parecerá.

TIBUR. Sí; hecho una tortilla.

MARIAN. ¿Quién sabe? Acaso esté subiendo todavía.

TIBUR. Y bien, lo mismo da. Si cae se estrella, y si sube tambien.

MARIAN. ¿Pero cómo se ha de estrellar yendo hácia arriba?

TIBUR. ¡Toma!... ¡Porque irá á parar á las estrellas!

MARIAN. (¡Qué bárbaro!)

TIBUR. ¡Pobrecito amo!... ¿Si habrá podido hacer testamento?

MARIAN. Pero hombre, ¿testamento yendo por los aires?

TIBUR. ¿Y por qué no? El siempre lleva su cartera en el bolsillo.

MARIAN. ¡Vaya! No me detengo más. Voy á decirle á mi señorita que no se sabe nada.

TIBUR. Yo voy al Telégrafo.

MARIAN. ¿Para qué?

TIBUR. A ver si mi amo me ha enviado algun parte.

MARIAN. ¿Desde el globo?

TIBUR. No, mujer; puede haber caido y estar tan sano como nosotros.

MARIAN. Es verdad. (*Suenan voces en la calle.*) ¡Calla! ¿No oyes?

TIBUR. Son los curiosos, que no salen de esta calle. Como que está alborotado todo Madrid.

MARIAN. (*Asomándose á la ventana.*) ¡Un coche ha parado á la puerta!...

TIBUR. Vendrá en él algun pariente del señorito.

MARIAN. ¡Cómo le rodea la gente!... ¡Dios mio!...
TIBUR. ¿Qué es eso?...
MARIAN. ¡Sí, no me queda duda!... ¡Es él!... (*Muy alegre.*)
TIBUR. (*Corriendo á la ventana.*) ¿Mi amo?
MARIAN. Mírale.
TIBUR. (*Gritando desaforadamente.*) ¡Señorito! ¡Señorito!
MARIAN. Ya sube.
TIBUR. ¡Corramos!... (*Desaparecen ambos por el foro, volviendo en seguida precedidos de Alejo, que entra en el mayor desórden.*)

ESCENA II.

MARIANA, ALEJO, TIBURCIO.

ALEJO. ¡Pronto! ¡Cierra todas las puertas!... ¡Todas!... (*Se deja caer en una butaca, sin reparar en Mariana.*)
TIBUR. ¡Ay señorito de mi alma!... ¡Me parece como mentira! Pero ¿viene usted herido? ¿Le duele á usted algo?
ALEJO. No, mi buen Tiburcio; estoy perfectamente.
MARIAN. ¡Vaya un susto que nos ha hecho usted pasar!...
ALEJO. ¡Cómo! Mariana, ¿eres tú?
MARIAN. Casi le dábamos á usted por muerto.
ALEJO. ¡Estoy abochornado!... Todo el mundo se reirá de mí...
TIBUR. Al contrario: lo que usted ha hecho es dejar á Madrid con tanta boca abierta.
MARIAN. ¡Yo no vuelvo de mi asombro! Pues ¿y mi señorita?...
ALEJO. Eso es, háblame de mi Luisa, de mi adorada Luisa.
MARIAN. Pues ha dicho que si escapaba usted con el pellejo, se casaria con usted.
ALEJO. ¿De véras? Tiburcio, pronto, tráeme un sombrero.
TIBUR. En seguida. (*Vase por la izquierda.*)
MARIAN. ¿Qué va usted á hacer?
ALEJO. ¿Y me lo preguntas? Volar á su lado.
MARIAN. ¡Ay! ¡No, por Dios, no vuele usted más!
ALEJO. No, si es que corro á decirla que la amo más que nunca. Dime: ¿qué hizo tu señorita cuando me vió en el aire?

MARIAN. ¿Qué hizo? Lo primero, dar un grito.
ALEJO. Bien. Eso hizo todo el mundo.
MARIAN. Despues alzó la cara para mirarle á usted...
ALEJO. Pero estaria pálida, desencajada...
MARIAN. Creo que sí.
ALEJO. Y al verme en tal peligro, diria...
MARIAN. Sí, señor, sí...
ALEJO. Habla, no me ocultes nada: ¿qué dijo?
MARIAN. Que parecia usted un mono.
ALEJO. ¡Horror!...
MARIAN. La verdad es que estaba usted gracioso.
ALEJO. (¡Un mono! Luego se ha mofado de mí...)
MARIAN. Vaya, corro á decirla que está usted en salvo y que se dispone á hacerla una visita.
ALEJO. No la digas tal cosa. (¡Pérfida!)
MARIAN. ¡Cómo!
ALEJO. Me quedo aquí. Necesito descansar.
MARIAN. Pues entónces hasta mañana, y que sea enhorabuena.
ALEJO. Gracias, Mariana.
MARIAN. (¡De buena se ha librado!) (*Vase por el foro.*)

ESCENA III.

ALEJO, *que permanece sentado y abatido. Despues* TIBURCIO.

ALEJO. ¡Un mono! ¡Ya no me queda duda de que voy á ser el ridículo de la Córte, cuando hasta la mujer de mis sueños se mofa de mi desgracia! (*Asomándose á la ventana.*) Y la calle continúa llena de gente. ¿Habrá bárbaros? ¡Fuera de ahí! ¡Largo! (*Los de fuera, al verle, prorumpen en voces.*)
TIBUR. (*Saliendo.*) Señorito, no encuentro ningun sombrero.
ALEJO. Pues hay que buscarlo. He perdido ayer el que llevaba, y no he de salir con la cabeza descubierta.
TIBUR. Yo lo he buscado bien, señorito.
ALEJO. Imposible.
TIBUR. Sí señor.
ALEJO. Vamos, ya caigo. Es inútil que le busques.
TIBUR. ¿Por qué?
ALEJO. Porque no hay ninguno.

TIBUR. Si quiere usted el mio...

ALEJO. No; ya no salgo. Cepíllame un poco. (*Tiburcio le obedece.*)

TIBUR. ¡Ay, señorito, qué contento estoy de verle á usted en salvo!

ALEJO. Lo sé, Tiburcio. Tú, aunque pareces un alcornoque...

TIBUR. ¿Eh?

ALEJO. Tienes un alma sensible y me aprecias.

TIBUR. Sí, señor; y quisiera que me contára usted cómo cayó.

ALEJO. Pues mira, es muy sencillo. Yo llevaba los ojos cerrados; de pronto siento detenerse el globo...

TIBUR. ¿Es de véras?

ALEJO. Sí, se habia enredado entre unos árboles; como ya le iba faltando el gas... De modo que alargué un pié, luégo otro, y me encontré en el suelo.

TIBUR. Eso es lo que se llama un milagro.

ALEJO. Despues de andar toda la noche por esos campos, unos hombres me acompañaron á la Estacion de Pinto, tomé el tren, y por último he llegado en coche hasta aquí: ésta es la historia.

TIBUR. Aguarde usted. ¿Dice usted que le llevaron á la Estacion de Pinto?

ALEJO. Sí.

TIBUR. Entónces estaria usted...

ALEJO. Entre Pinto y Valdemoro. Mira, voy á echarme un rato. Si viene álguien le dices que no estoy en casa; que me he ido á dar otro paseo por las nubes. Eso ya no lo extrañarán. (*Llaman.*)

TIBUR. Pues han llamado.

ALEJO. Nada, lo dicho. (*Vase Tiburcio por el foro.*)

ESCENA IV.

ALEJO, *despues* TIBURCIO.

ALEJO. De fijo es algun majadero que viene con la sana intencion de divertirse á mi costa. ¿Sí? Pues se equivoca de medio á medio. (*Se dirige á la puerta izquierda.*)

TIBUR. (*Saliendo muy de prisa.*) ¡Señorito! ¡Señorito!

ALEJO. ¿Qué hay!
TIBUR. Es ese amigote de usted que escribe en los diarios.
ALEJO. ¿Pepe Reclamo?
TIBUR. El mismo.
ALEJO. Y bien. ¿Habrás cumplido mis órdenes?...
TIBUR. Sí, señor; es decir, yo le he dejado entrar.
ALEJO. ¡Por vida de!...
TIBUR. Como usted le trata con tanta confianza...
ALEJO. ¿Pero no te he dicho que no quiero ver á nadie? (*Pepe aparece en la puerta del foro*)

ESCENA V.

DICHOS *y* PEPE.

PEPE. ¿Qué significan esas palabras? ¿Acaso tu naciente gloria te hace ya despreciar á los amigos?
ALEJO. Mira, Pepe, te prevengo que si vienes á mofarte...
PEPE. ¿Qué profieres, afortunado mortal? Envidia y no mofa es lo que me inspiras.
ALEJO. ¡Voto á...!
PEPE. Madrid no se ocupa más que de tí; eres la cuestion del dia; el hombre de moda.
TIBUR. (*A Alejo.*) ¿Lo ve usted, señorito?
ALEJO. ¿A que van á hacérmelo creer?
PEPE. La noticia de tu llegada ha circuladó ¡chiiisp! como el rayo...
ALEJO. ¡Demonio!
PEPE. Ya ves; ahora la prensa te pondrá por las nubes...
ALEJO. ¡No por Dios! Me basta con una vez.
PEPE. Quiero decir que hablará del suceso; pero yo deseo avanzar más que ninguno. Conque no hay tiempo que perder. (*Se sienta á la mesa y se dispone á escribir.*) Habla.
ALEJO. ¿Cómo que hable?
PEPE. Cuéntame tu vida á grandes rasgos.
ALEJO. Pero...
PEPE. Nada de peros. Noventa mil suscritores esperan; el país te reclama, y ya no te perteneces. Di.
ALEJO. ¿Pero que gano yo con todo esto?
PEPE. La admiracion de los hombres, las sonrisas de las bellas y una página en la Historia.

ALEJO. ¿Una página? Si al ménos fuera una entrega...
PEPE. Mañana tu nombre resonará en el último rincon del globo...
ALEJO. Mira, no me nombres el globo para nada.
PEPE. Corriente. Dime alguna particularidad de tu vida.
ALEJO. ¡Pero si no tengo nada que decir!...
PEPE. Cualquier cosa, hombre, cualquier cosa.
ALEJO. ¿Cualquier cosa? Pues pon ahí que á los seis meses de nacido me vistieron de corto.
TIBUR. (Como á mí.)
PEPE. Posterior, posterior á eso.
ALEJO. A los cuatro años me tragué el hueso de una ciruela claudia.
PEPE. Más reciente, hombre.
ALEJO. Bien. A los veinte sufrí un exámen para ingresar en una oficina...
PEPE. ¿Y te admitieron?
ALEJO. Sí; porque jugaba muy bien al billar.
PEPE. ¡Cómo!
ALEJO. El jefe estaba enamorado de mis pasabolas...
PEPE. (*Lee lo que va escribiendo.*) «Desde jóven sobresalió en toda clase de estudios, demostrando una aficion decidida por la gimnasia.»
ALEJO. ¿Eh?
PEPE. Continúa.
ALEJO. Por fin entré de escribiente con tres mil reales, y hoy, á fuerza de mil trabajos, gano ocho mil quinientos.
PEPE. (*Lee.*) «Empezó su carrera con un modesto empleo, logrando ascender fácilmente.»
ALEJO. ¿Eso de ascender es alusion?
PEPE. No, hombre. (*Lee.*) «Su inmenso talento le allanaba todas las dificultades.»
ALEJO. Pero ¿qué demonios estás poniendo ahí? ¿Así se engaña al público?
PEPE. ¡Toma! Pues á eso deben no pocos su fortuna.
ALEJO. ¡Qué infamia!...
PEPE. Dame otros detalles.
ALEJO. No recuerdo más.
PEPE. ¡Ah, qué idea! ¿Dónde estabas la noche del 29 de Marzo á eso de las once y media?
ALEJO. ¿La noche del...? ¡Toma! ¿Qué sé yo? Por ahí...
PEPE. ¿No te embistió?

ALEJO. ¿Quién?
PEPE. El toro.
ALEJO. ¿Qué toro?
PEPE. El que se escapó del tren.
ALEJO. ¡Ah! Vamos, ya recuerdo.
PEPE. ¿Te embistió, no es verdad?
ALEJO. No.
PEPE. ¡Qué lástima!
ALEJO. ¡Qué bruto! digo yo.
TIBUR. (*A Alejo.*) ¿Señorito, por qué no le dice usted aquello?
ALEJO. ¿Y qué es aquello?
PEPE. (*A Tiburcio.*) ¿Tú sabes algo? Habla.
TIBUR. (*A Alejo.*) ¿Se lo digo?
ALEJO. Pero...
PEPE. (*A Tiburcio.*) Dí lo que sepas.
TIBUR. Pues bien; sepa usted que mi amo no tiene sombrero.
ALEJO. ¿Qué dices, hombre?
TIBUR. Pero se va á casar.
PEPE. ¡Bravo! (*Escribe.*)
ALEJO. No es cierto.
PEPE. ¿Por qué quieres ocultarlo?
ALEJO. Te digo que no hay nada de eso.
PEPE. (*Lee.*) «Va á contraer matrimonio con la hija de un alto personaje.»
ALEJO. Pero, hombre, si el padre de Luisa era sangrador...
PEPE. No importa. (*Llaman.*)
TIBUR. Voy á ver quién llama. (*Vase corriendo por el foro.*)
PEPE. ¡Ea! Ya está corriente.
ALEJO. ¿Conque quedamos en que soy un hombre notable?
PEPE. Notabilísimo. Para probártelo, vas á hacerme un favor.
ALEJO. Concedido.
PEPE. Esta noche se estrena una pieza mia, original, que hemos escrito entre diez ó doce amigos; te traeré un palco, hago circular la noticia de que asistirás á la funcion; se llena el teatro, y yo cobro mayores derechos. ¿Te conviene mi plan?
ALEJO. Sí; pero te conviene más á tí.
PEPE. Pues lo dicho.

ESCENA VI.

DICHOS *y* TIBURCIO.

TIBUR. Señorito, otra visita.
ALEJO. (*Con aire vanidoso.*) Que pase, que pase.
TIBUR. Me han dado esta tarjeta. (*Se la presenta á Alejo: éste la toma y la lee.*)
ALEJO. ¿A ver? «Canuto de la Cámara.» ¿Quién es este señor?
PEPE. ¡Ahí es nada¡ ¡El fotógrafo de las celebridades!
ALEJO. ¡Oh!
PEPE. Él es quien retrata á los caballos que vencen en las carreras...
ALEJO. Es decir que me toma por...
PEPE. Justo; por una celebridad.
TIBUR. ¿Le digo que entre?
PEPE. Sí, hombre, sí. (*Tiburcio se va corriendo por el foro.*) Hasta luégo que volveré á traerte el palco.
ALEJO. Adios. (*Al ir á salir* PEPE *por la puerta del foro, se encuentra con* CÁMARA *que entra al mismo tiempo; ambos se saludan;* CÁMARA *avanza con gravedad cómica algunos pasos, seguido de sus Ayudantes.* TIBURCIO, *que ha venido acompañándole, detiene á* PEPE *en la puerta foro.*)
TIBUR. Dígame usted: ¿Vá usted á hablar de mí en el diario?
PEPE. ¡Quítate de ahí, hombre!
TIBUR. Pues me parece que yo soy un detalle. (*Vanse los dos por el foro.*)

ESCENA VII.

ALEJO, *que permanece pensativo.* CÁMARA *y* DOS AYUDANTES *del mismo, conduciendo un aparato fotográfico, que colocan convenientemente: traen ademas una pequeña caja con útiles de Fotografía.*

CÁMARA. Caballero...
ALEJO. (*Volviéndose.*) ¡Ah! ¿Es usted el señor de la Cámara?

CÁMARA. Servidor de usted.

ALEJO. Muy señor mio. (¡Qué feo!)

CÁMARA. Aquí me tiene usted dispuesto á completarle.

ALEJO. ¿A completarme? No creo que me falte nada.

CÁMARA. Se equivoca usted: le falta caer en mis manos.

ALEJO. Pero...

CÁMARA. Pronto se convencerá usted de ello. Voy, con su permiso, á proceder á la operacion.

ALEJO. ¿A la operacion? ¿Pues no es usted fotógrafo?

CÁMARA. Sí, señor, y acostumbrado á retratar reyes y emperadores.

ALEJO. Pues vamos allá.

CÁMARA. No se moleste usted. (*A los Ayudantes.*) ¡Preparen!

ALEJO. (¿Preparen? ¿Me van á fusilar?)

CÁMARA. Estos son mis ayudantes.

ALEJO. Son muy simpáticos.

CÁMARA. (*Quitándose lentamente los guantes.*) Por supuesto, que no vaya usted á creer que yo me quito los guantes así como quiera. Si sólo se tratase de un hombre vulgar, le hubiera entregado en manos de esos (*por los Ayudantes*); pero una notabilidad como usted...

ALEJO. ¡Ya!... (Pues señor, lo dicho; soy un grande hombre.)

CÁMARA. (*Tomando una cuerda que le da uno de los Ayudantes y dirigiéndose á Alejo.*) Permítame usted.

ALEJO. (*Desviándose rápidamente.*) ¡Demonio! ¿Me va usted á atar?

CÁMARA. No, señor: éste es el atributo de la celebridad que usted ha alcanzado.

ALEJO. (*Tomando la cuerda.*) ¿Y qué?

CÁMARA. Haga usted por colocarse en la misma postura que tenía cuando iba colgado del globo.

ALEJO. Hombre, será difícil; pero le aseguro á usted que no tendria nada de bonita.

CÁMARA. No importa. El cabello desordenado, imitando el aire.

ALEJO. (¿Si querrá imitar tambien el miedo que yo tenía?) (*Despues de desordenarse el cabello con las manos, se coloca en actitud grotesca, agarrado á la cuerda con ambas manos.*) ¿Está bien así?

CÁMARA. Perfectamente. Sonríase usted.

ALEJO. Mire usted que cuando yo iba por el aire no estaba para sonrisitas.

CÁMARA. Lo supongo; pero así ganará el retrato.

ALEJO. ¡Ah! entónces... (*Sonrie grotescamente.*)

CÁMARA. Pues, como decia, yo hago que sean conocidas en todo el mundo en quince dias personas que habian vivido ignoradas años y años. Dígalo, si no, la bailarina que vive enfrente de esta casa.

ALEJO. ¡Calle! A esa le he hecho yo telégrafos.

CÁMARA. Le ruego á usted que conserve la postura. (*Alejo vuelve á ella.*) Precisamente vengo ahora de su casa y me ha hablado de usted con un interes... (*Durante el anterior diálogo, Cámara y los Ayudantes han estado preparándolo todo para hacer el retrato. En este momento Cámara introduce el «chassis» en la máquina. Doña Victoria y Luisa aparecen en la puerta del foro, y se detienen en ella.*)

ALEJO. ¿De véras?

CÁMARA. Quieto ahora.

ESCENA VIII.

DICHOS. DOÑA VICTORIA *y* LUISA *en la puerta del foro.*

VICTOR. Mírale: ¿le ves? Le están retratando.

LUISA. ¡Ay, qué raro está, mamá!

VICTOR. Pero está en carácter.

ALEJO. (*Viendo á Luisa.*) ¡Cielos! ¡Luisa! (*Moviéndose.*)

CÁMARA. ¡Firme! Cuidado con mover los labios. (*Destapa el objetivo.*)

ALEJO. (¡Ella aquí! ¡Y yo en esta maldita postura! ¡Ahora tambien la pareceré un mono!)

CÁMARA. (*Tapando el objetivo.*) Listo.

ALEJO. (*Arroja la cuerda y corre al lado de las señoras.*) ¡Luisa! ¡Doña Victoria!

VICTOR. Que sea enhorabuena. (*Se dan las manos.*)

CÁMARA. (*A los Ayudantes.*) ¡Empaqueten! ¡Marchen! (*Los Ayudantes se van llevándose el aparato y la caja.*) ¡Ah! Dos señoras... (*Las saluda.*) Amigo, doy á usted las gracias por su amabilidad. Ya le enviaré á usted las pruebas. Por lo pronto voy á tirar dos ó tres millares.

ALEJO. Lo que usted quiera, hombre, lo que usted quiera.

CÁMARA. Señoras... Adios... (*Se va por el foro haciendo reverencias.*)

ESCENA IX.

DOÑA VICTORIA, LUISA *y* ALEJO.

ALEJO. Ustedes me dispensarán si no las he atendido ántes, pero...

VICTOR. Está usted dispensado.

ALEJO. A veces los grandes hombres no nos pertenecemos.

VICTOR. Ha hecho usted muy bien en retratarse; con eso figurará usted en los escaparates entre la Patti y el doctor Garrido. Lo que es esta vez se ha remontado usted á una altura...

ALEJO. ¡ Psh ! Yo soy así...

LUISA. ¿Y no se ha hecho usted ningun daño?

ALEJO. Ninguno.

LUISA. ¿Ni siquiera se ha desollado usted las manos?

ALEJO. Por fortuna tenía puestos los guantes.

LUISA. Parece mentira. ¡ Ni áun eso !

ALEJO. (¡ Cualquiera diria que lo siente !) Sí, Luisa, Dios ha querido conservarme la vida para que siga amándola á usted.

VICTOR. (*Rápidamente.*) Alto ahí, señor mio. Ya esa es cuestion más formal, y pido la palabra.

ALEJO. Es que yo...

VICTOR. Luégo hablará usted. Ya sabe usted que nunca ha sido usted santo de mi devocion.

ALEJO. Señora...

VICTOR. Que ayer mismo le prohibí que se sentára junto á nosotras, y fué usted á situarse en las sillas de enfrente.

ALEJO. Esa fué la causa...

VICTOR. Luégo hablará usted. Ha sido tanto lo que ayer me hizo usted reir...

LUISA. (*Aparte á Doña Victoria.*) ¡ Mamá !...

VICTOR. Que consiento en darle la mano de mi hija, si acepta usted las condiciones que voy á imponerle.

ALEJO. Aceptadas.

VICTOR. En primer lugar, tiene usted que casarse tambien conmigo.

ALEJO. ¿Eh?

VICTOR. Vamos al decir, que mi hija no puede vivir sin tenerme á su lado.

ALEJO. Le diré á usted...

VICTOR. Luégo hablará usted. Yo la peino, la ayudo á vestirse, vigilo á la criada, y cuando estén ustedes casados haré todo eso y algo más. No sé si me habrá usted comprendido.

ALEJO. ¡Vaya! (Y la veo venir tambien.)

VICTOR. Eso por ese lado. Respecto á la cuestion de intereses...

ALEJO. Señora, yo...

VICTOR. Luégo hablará usted. Yo no dudo de que usted quiere mucho á mi hija; esto, y la celebridad que usted ha adquirido, me deciden á aceptarle por yerno; pero no basta eso para vivir.

LUISA. Mamá tiene razon.

VICTOR. Usted gana muy poco, pero yo he alcanzado para usted una plaza con treinta mil reales de sueldo...

ALEJO. ¡Qué oigo!

VICTOR. En la casa de giro de los señores Paletilla y Compañía. Son amigos de mi difunto; yo les hice comprender que usted era una gran adquisicion, porque aunque no sea más que para conocerle, acudirán más parroquianos á la casa.

ALEJO. No sé cómo pagar...

VICTOR. Luégo hablará usted. Por lo tanto, tiene usted que hacer dimision del empleo que ejerce en la actualidad. En seguida firmarémos el pliego de condiciones...

ALEJO. ¿Eh?

VICTOR. El contrato de boda. Mi hija será feliz; yo seré el alma del negocio, y usted será...

ALEJO. (El mártir.) ¿Puedo hablar ya?

VICTOR. Hable usted.

ALEJO. Pues...

VICTOR. Un momento: se me olvidaba decirle que en el caso de que haya sucesion...

LUISA. (*Aparte á doña Victoria.*) ¡Mamá, por Dios!...

VICTOR. Bien: de eso tratarémos luégo. ¿Qué iba usted á decir?

ALEJO. ¿Qué quiere usted que diga? Que...

VICTOR. Un momento. Yo lo que quiero es que sea usted un yerno dócil, como yo lo he soñado.

ALEJO. ¿Y usted, Luisa, qué dice?

VICTOR. Mire usted, mi hija no dice nada. Por ahora sus sentimientos se hallan comprimidos, pero no por eso carecen de violencia: ya estallarán algun dia, y sabrá usted lo que es bueno.

ALEJO. (¡Diantre! ¿Qué querrá decir?)

VICTOR. Conque quedamos en lo dicho. Haga usted su dimision en seguida, y mañana celebrarémos otra conferencia. Vamos, niña.

ALEJO. ¿Tan pronto?

VICTOR. Tengo que pasarme por casa de los señores Paletilla y Compañía para decirles que acepta usted la colocacion que le he propuesto.

ALEJO. ¡Ah! Eso por de contado.

VICTOR. Pues hasta la vista. Que no deje usted de ir mañana á casa; ya sabe usted, á eso de las cuatro, porque si va usted un poco ántes, están todos los trastos por medio y las camas sin hacer... Y eso que á mí me gusta aviar temprano la casa.

ALEJO. Sí, ya se comprende.

VICTOR. Vamos, Luisa.

ALEJO. (*A Luisa.*) ¿Se va usted sin decirme ni una palabra?

LUISA. ¿Y qué quiere usted que yo le diga?

VICTOR. Tiempo hay de sobra. (*Bajo á Luisa.*) Vamos, mujer, échale una de esas miradas que vuelven lelos á los hombres: (*Luisa mira á Alejo.*) Eso es. (*Alto.*) Quede usted con Dios.

ALEJO. A los piés de ustedes. (*Desaparece con ellas por el foro, volviendo á entrar en seguida.*)

ESCENA X.

ALEJO *solo.*

ALEJO. ¡Magnífico! ¡Sublime! Voy á casarme con la que amo. Voy á ser rico, feliz, popular... ¿Hay nada más caprichoso que la fortuna? ¡Treinta mil reales de sueldo! ¡Esto sí que es ascender! Voy á enviar

mi dimision inmediatamente. (*Se sienta y escribe.*) Ajá. (*Cerrando el sobre.*) Ya está; y con la mejor letra posible, para que sepan lo que pierden. ¡Tiburcio! (*Llamándole y acercándose á mirar por la ventana.*) Vamos, ya parece que las turbas populares han despejado el campo. ¡Calle, la bailarina! Creo que me hace señas. ¿Qué querrá decirme? ¿Que yo le escriba? ¡Pues me gusta! ¡Ha cerrado el balcon!

ESCENA XI.

ALEJO *y* TIBURCIO, *con una carta en la mano.*

TIBUR. Señorito...

ALEJO. ¡Gracias á Dios que pareces!

TIBUR. Es que estaba tomando esta carta que han traido de ahí enfrente para usted.

ALEJO. ¡Cómo...! ¿A ver? (*Abriendo rápidamente la carta.*) ¡Cielos! ¡Es de ella! De la bailarina... (*Lee.*) «Le suplico á usted que venga inmediatamente; le espera con impaciencia Adelina Pirueta.» ¿No he de ir? Ahora mismo. Pues señor, no hay más; soy el niño mimado de la suerte. Larin, larin, larin, larinla. (*Vase bailando.*)

ESCENA XII.

TIBURCIO *solo.*

TIBUR. ¡Qué contento se ha puesto con la carta! Hoy todos estamos contentos. Es verdad que el lance del globo es una mina. Ahora que nadie me ve, voy á ajustar mis cuentas. (*Se sienta á la mesa y escribe.*) Vamos á ver... Seis varas de cuerda á dos reales, doce reales. Yo la he vendido á peseta el pié; la vara tiene cuatro piés: seis varas á cuatro piés... cien piés. ¡Pues creo que me falta dinero! ¡Y cómo me quitaban la cuerda de las manos, en cuanto les hice creer que era la del globo...! ¡El pueblo es tan ignorante...! Voy á comprar otras seis varas más, y á venderlas más caras. (*Llaman.*) Han llamado. ¿Si será

el amo? (*Echa á correr por el foro y vuelve con* Don Serapio.)

ESCENA XIII.

Tiburcio, D. Serapio.

Tibur. No está. Si quiere usted esperarle...
Serapio. ¿Tardará mucho?
Tibur. No, señor; ha ido ahí cerca.
Serapio. Corriente. (*Dando rápidos paseos por la escena.* Tiburcio *va detras de él.*)
Tibur. (¡Parece una locomotora!)
Serapio. Miéntras viene, aprovechemos el tiempo. (*Volviéndose de pronto, frente á* Tiburcio, *saca una enorme cartera del bolsillo, la abre y se dispone á escribir.*) ¿Eres casado?
Tibur. ¿Eh?
Serapio. Que si eres casado.
Tibur. ¿Yo? No señor.
Serapio. ¿Cómo te llamas?
Tibur. Tiburcio. (¿Será el alcalde del barrio?)
Serapio. ¿Qué edad tienes?
Tibur. Lo que va de Setiembre acá...
Serapio. ¿Cómo?
Tibur. Y treinta y dos años encima.
Serapio. Jóven, guapo, de gran inteligencia.
Tibur. (*Envanecido.*) ¡Oh!
Serapio. Ya sé que esto no es cierto, pero hay que respetar la fórmula.
Tibur. Pero, caballero, yo quisiera saber...
Serapio. ¿Cuánto ganas?
Tibur. Cuatro duros.
Serapio. ¿Y manos puercas?
Tibur. (*Mirándoselas.*) No, señor.
Serapio. Puede decirse que sacarás media onza líquida.
Tibur. (¿Qué demonios dice este hombre?)
Serapio. Quedas inscrito. Antes de un mes tendrás una compañera digna de tí.
Tibur. Pero ¿quiere usted explicarme...?

ESCENA IV.

DICHOS *y* ALEJO.

ALEJO. (¡Vaya con la bailarina! Pues no me llamaba para presentarme á un señor muy gordo, que me ha recibido en mangas de camisa...!) (*A Tiburcio, dándole la carta que escribió ántes.*) Mira, lleva esta carta ahora mismo al jefe de mi oficina, y á la vuelta compras todos los periódicos que encuentres.

TIBUR. Muy bien. (De paso realizaré las otras seis varas de cuerda.) (*Vase.*)

ESCENA XV.

ALEJO *y* D. SERAPIO.

SERAPIO. ¿Usted no me conocerá, sin duda?

ALEJO. No tengo ese gusto.

SERAPIO. Serapio Cabritilla.

ALEJO. ¿Cabritilla? ¡Ah, sí! Fabricante de guantes...

SERAPIO. No, señor.

ALEJO. Entónces no recuerdo.

SERAPIO. (*Con ampulosa entonacion y como si pronunciára un discurso.*) No hay nada más consolador para una buena madre de familia que poner á sus hijas bajo la proteccion de la gran Agencia matrimonial que dirige en esta córte el inteligente, discreto y concienzudo D. Serapio Cabritilla.

ALEJO. ¡Calle! ¿Usted es?...

SERAPIO. Aquí tiene usted una lista de partidos á cual más brillantes. (*Saca una enorme tira de papel de la cartera, y se la presenta á Alejo: éste la rehusa.*)

ALEJO. Muchas gracias.

SERAPIO. Casi todas marquesas, duquesas, etcétera, que están rabiando por casarse.

ALEJO. Lo creo.

SERAPIO. Hay entre ellas una princesa sueca, rica y hermosa, que es la que más le conviene á usted.

ALEJO. ¿Una princesa? (*Con vanidad.*) Sí, no diré que...

SERAPIO. Ella le conoce á usted; le ha visto volar y está conforme en darle á usted su título y su mano.

ALEJO. Bien, pues entónces... (¡Demonio! ¡Ya me olvidaba de Luisa!)

SERAPIO. (La cosa marcha.) ¿Quiere usted ver su retrato?

ALEJO. ¿Cómo mi retrato?

SERAPIO. No; el de la princesa.

ALEJO. No tengo inconveniente.

SERAPIO. Es de un parecido perfecto. Como que le ha hecho Cámara.

ALEJO. ¿Cámara?

SERAPIO. ¿Le conoce usted?

ALEJO. Es mi fotógrafo de idem.

SERAPIO. Vamos. ¿Qué le parece á usted? (*Enseñándole una fotografía.*)

ALEJO. ¡Canario! ¡Qué guapa hembra!

SERAPIO. Ese traje de pescador napolitano le sienta muy bien.

ALEJO. Con efecto, es un traje que no deja casi nada que desear.

SERAPIO. Si todos los pescadores fueran como ese ¿eh?

ALEJO. Entónces me volvia yo calamar.

SERAPIO. De modo que acepta usted. ¿No es eso?

ALEJO. Poco á poco, yo no puedo... Sepa usted que yo tengo mi novia, á la cual quiero mucho.

SERAPIO. Su nombre.

ALEJO. Luisa Martinez.

SERAPIO. Ese nombre no consta en mis registros. ¿Pertenece á la aristocracia?

ALEJO. No, señor.

SERAPIO. ¡Me lo temí! Usted no puede casarse con esa jóven. La prensa, la opinion, todo el mundo se le iria á usted encima.

ALEJO. ¡Demonio!

SERAPIO. Hay que romper esas relaciones.

ALEJO. No me dá la gana.

SERAPIO. ¿Y la celebridad de usted? ¿Y su porvenir?

ALEJO. Pero esto es una tiranía!

ESCENA XVI.

DICHOS, DOÑA VICTORIA.

VICTOR. Muy buenas... (*Entrando con muy mal modo.*

ALEJO. ¡Calle! ¡Doña Victoria!

VICTOR. Sí señor, yo misma. ¿Qué significa esto? Usted debe saberlo. (*Mostrándole un periódico que trae en la mano.*)

ALEJO. ¿Esto? Un periódico.

VICTOR. ¡Lea usted, lea usted! «Sabemos que el hombre aéreo va á contraer matrimonio con la bella señorita doña Luisa Martinez, hija del banderillero que ya conocen nuestros lectores!!!

ALEJO. ¡Qué atrocidad!

VICTOR. ¡Ay, si mi esposo viviera...!

SERAPIO. (¡Es viuda!) ¿Señora, es usted viuda? Yo me encargo de usted. (*Pasando rápidamente á su lado y apuntando en la cartera.*)

VICTOR. (*A Alejo.*) ¿Quién es este hombre?

ALEJO. El que hace los padrones.

VICTOR. (*A Alejo.*) Vamos, ¿qué dice usted á esto?

ALEJO. Señora, ¿qué quiere usted que yo diga? Estoy absorto.

VICTOR. Es preciso que usted deje á salvo el honor de mi esposo; que le lave usted con sangre.

ALEJO. ¿A su esposo de usted?

VICTOR. ¡Usted se chancea!!!

ALEJO. Señora, yo...

VICTOR. ¿Rehusa usted? ¡Es usted un gallina!

ALEJO. Señora, yo ya voy siendo gallo.

VICTOR. ¡Mi esposo banderillero!!

ALEJO. Pero aquí debe haber alguna equivocacion.

VICTOR. Nada, si no se bate usted, no le doy la mano de mi hija.

SERAPIO. (¡Bravo!)

ALEJO. ¡Doña Victoria...!

VICTOR. Lo dicho.

SERAPIO. (*Pasando rápidamente al lado de Alejo, le dice al oido.*) Con eso puede usted casarse con la sueca.

VICTOR. ¡Pobre hija mia cuando sepa...!

SERAPIO. (*Pasando al lado de Doña Victoria.*) Yo puedo proporcionarla un buen partido. (*Yendo detras de Doña Victoria, siempre con la cartera en la mano, en actitud de hacer apuntes.*)

VICTOR. Déjeme usted en paz. (*Dándole un fuerte empellon.*)

ALEJO. Señora, ¿quiere usted oirme?

VICTOR. Atras, mal caballero. Y sepa usted que ahora mis-

mo voy á casa de los señores Paletilla y compañía á decirles que no hay nada de lo dicho.

SERAPIO. *(Interponiéndose entre Alejo y Doña Victoria.)* Pero si hay para todos.

ALEJO. *(Dándole otro empellon.)* Hombre, quítese usted de en medio.

SERAPIO. *(Colocándose al lado de Doña Victoria.)* ¿Qué edad tiene su hija de usted?

VICTOR. ¡Me voy, me voy, porque siento que toda la sangre se me sube al occipucio...!! *(Echa á andar.)*

ALEJO. *(Yendo detras de ella.)* Pero escúcheme usted.

SERAPIO. *(Pasando delante de Alejo.)* ¿Dónde vive usted, señora?

VICTOR. *(Ya en la puerta, se vuelve de pronto y empuja á D. Serapio, que va á dar contra Alejo, cayendo los dos al suelo.)* ¡Atras! *(Vase.)*

ESCENA XVII.

ALEJO, D. SERAPIO.

ALEJO. ¡Qué fiera! y eso que todavía no es mi suegra!...

SERAPIO. Mejor. Ahora se casa usted tranquilamente con la sueca. Corro á decirla que se halla usted conforme.

ALEJO. Aguarde usted... (¡Qué diantre...! No tengo otro remedio. He enviado mi dimision y me encuentro cesante.)

SERAPIO. ¿Qué decide usted?

ALEJO. Acepto.

SERAPIO. Gracias á Dios. *(Va á irse y vuelve.)* ¡Ah! Ya no me acordaba...

ALEJO. ¿Qué ocurre?

SERAPIO. Siento mucho molestarle á usted, pero...

ALEJO. Hombre, que me pone usted en cuidado.

SERAPIO. He salido de casa sin dinero...

ALEJO. (¡Malo!)

SERAPIO. Y quisiera empezar ahora mismo las diligencias.

ALEJO. Bien. ¿Y qué es lo que usted necesita?

SERAPIO. Yo calculo que entre papel sellado y otras frioleras... Sí... cuatro duros... con cuatro duros me basta por ahora.

ALEJO. (¡Diantre!) Es bien poca cosa. (Hay que darse importancia.) (*Abre un cajon de la mesa y saca de él los cuatro duros.*) Aquí están. (Es todo lo que poseo.) (*Besa los cuatro duros y se los da á D. Serapio.*)

SERAPIO. Muy bien. ¿Ya los rebajarémos de la cuenta, eh?

ALEJO. ¡Psh! No merece la pena. (Y yo sin sombrero!)

SERAPIO. Vaya, no quiero detenerme. Ha hecho V. lo que se llama un bonito negocio. (*Vase corriendo.*)

ALEJO. Adios.

ESCENA XVIII.

ALEJO, *despues* TIBURCIO.

ALEJO. Pues, señor, la suerte está echada. Me caso con la princesa sueca, y me hago el sueco, es lo mejor.

TIBUR. (*Saliendo con una porcion de periódicos que pone sobre la mesa.*)

TIBUR. Señorito, aquí tiene usted esto. (*Vase.*)

ALEJO. Ah, los periódicos. Muy bien. ¡Todos hablarán de mí, todos me elogiarán!... Qué grato es ver uno su nombre en letras de molde! (*Coge un periódico y lo repasa.*) Veamos. «Ha llegado á Madrid la notabilidad conocida con el título de *La Reina de las Aguas.*»—¡Hola! Pues éste no dice nada de mí... (*Toma otro periódico.*) «Esta mañana hemos visto apearse del tren... á La Reina de las Aguas.» ¡Y dale! Pues hay para opilarse con tanta agua! Veamos otro. (*Lo toma.*) «Se halla expuesto en todos los escaparates el retrato...» Vamos, ¡gracias á Dios! «...el retrato de la Reina de las Aguas.» ¡Vayan al infierno! (*Destrozando furiosamente los periódicos.*) ¡Esto es indigno!... ¡Esto es infame!...

ESCENA XIX.

DICHO *y* PEPE.

PEPE. ¿Qué es eso? ¿Te has vuelto loco?

ALEJO. Ah! ¿Eres tú? Vén acá. ¿No me dijiste que toda la prensa se ocuparia de mí?

PEPE. Bien, ¿y qué?

ALEJO. Que en ningun periódico he visto mi nombre, y en cambio todos hablan de no sé qué Reina de las Aguas...

PEPE. ¿Y eso te sorprende? ¡Pobre Alejo!

ALEJO ¿Cómo pobre Alejo?

PEPE. Tú ya pasaste. Has dejado de ser el objeto de la atencion general.

ALEJO. ¡Qué oigo!

PEPE. Tú has sido hasta ahora el Rey del Aire; pues bien, tu sucesora se llama la Reina de las Aguas.

ALEJO. Luégo mi celebridad...

PEPE. Pasó como todas; con la diferencia de que la tuya ha durado lo que dura un cohete.

ALEJO. Eso no puede ser.

PEPE. Pero es.

ALEJO. Pues yo te sostengo que no; que soy el mismo que era, el objeto curioso, el hombre de moda.

PEPE. ¡Bah! Ya no te se nombra por ninguna parte.

ALEJO. Te equivocas, desdichado. Sabe que voy á ser príncipe, millonario y sueco.

PEPE. ¿Cómo sueco?

ALEJO. Porque voy á casarme con una princesa sueca.

PEPE. ¿Tú?

ALEJO. Sí, yo mismo. ¿No lo crees? Pues aquí tienes su retrato. (*Dándoselo.*)

PEPE. ¡Calle! Yo conozco esta cara... Sí, es la misma, Carmencilla...

ALEJO. ¿Eh? ¿Carmencilla?

PEPE. Sí, una corista de la Zarzuela.

ALEJO. Imposible. El señor Cabritilla es un hombre muy formal y...

PEPE. ¿Ha estado aquí Cabritilla?

ALEJO. Él es quien me ha proporcionado esta ganga.

PEPE. ¡Ay, ay! Si ese es un petardista de á fólio.

ALEJO. Pepe de mi alma, ¿lo dices de véras?

PEPE. ¿A que te ha pedido dinero?

ALEJO. Cuatro duros.

PEPE. Pues has perdido ochenta reales.

ALEJO. ¡Horror!

PEPE. Pero ahora caigo. ¿Y tu novia?

ALEJO. Hemos concluido para siempre.

PEPE. ¡Ya! Tú por hacerte el sueco...

ALEJO. No tal. Ha sido otra la causa. Lee : (*Le da el periódico que trajo Doña Victoria.*)

PEPE. (*Despues de leer rápidamente para sí.*) ¿Y por esta tontería has roto con Luisa?

ALEJO. Es claro. Doña Victoria me dijo que si no lavaba yo con sangre el honor de su esposo...

PEPE. ¿Con sangre?

ALEJO. Sí, como era sangrador...

PEPE. Pero si la cosa no merece la pena...

ALEJO. ¿Con que decir que el padre de Luisa era banderillero?...

PEPE. Hombre, banderillero ó sangrador, todo es pinchar. Ademas, que todo se reduce á un defecto de imprenta.

ALEJO. ¡Cómo!

PEPE. Es claro. Han tomado una línea por otra al hacer el ajuste. Lee. (*Designándole un párrafo del periódico.*)

ALEJO. (*Leyendo.*) «Ha fallecido á consecuencia de sus heridas, el desdichado... »

PEPE. Ahora aquí. (*Designándole otro párrafo mas abajo.*)

ALEJO. «... banderillero que ya conocen nuestros lectores.» Vamos, ya comprendo.

TIBUR. (*Sale con un gran pliego en la mano.*) Señorito, esto han traido de parte del señor Cámara... (*Entrega el pliego á Alejo y vuelve á marcharse.*)

PEPE. ¡Hola! Este debe ser tu retrato.

ALEJO. ¿Lo ves? Aun conservo mi popularidad; áun me queda un puesto de honor en los escaparates de la Córte. (*Rompe el sobre y se queda sorprendido al ver lo que encierra.*) ¡Dios mio!...

PEPE. ¿Qué te pasa?

ALEJO. ¡Esto es demasiado!

PEPE. (*Tomando el retrato de manos de Alejo.*) A ver. ¡La Reina de las Aguas!... ¿Qué te decia yo?

ALEJO. Pues áun no me doy por vencido: áun me queda otro medio de exhibirme.

PEPE. ¿Cuál?

ALEJO. El palco que me has ofrecido para esta noche.

PEPE. Precisamente he venido para...

ALEJO. Dámelo.

PEPE. Para decirte que...

ALEJO. Vamos, acaba.

PEPE. Que se lo he enviado á...

ALEJO. ¿A quién, hombre?

PEPE. A la Reina de las Aguas.

ALEJO. (*Con explosion.*) ¡Rayos y centellas!

PEPE. Si quieres elevarte un poco más, te daré un anfiteatro...

ALEJO. Lo que quiero es que tomes la puerta.

PEPE. Eso no quita para que...

ALEJO. ¡Por vida de!... (*Coge una silla para tirársela.*)

PEPE. (*Huyendo.*) ¡Ja, ja! ¡Qué amoscado se ha puesto! (*Vase.*)

ESCENA ÚLTIMA.

ALEJO, *despues* TIBURCIO, DOÑA VICTORIA *y* LUISA.

ALEJO. ¡Solo, sin dinero, sin popularidad, sin novia y sin destino, que es lo peor! Vamos, ¿y qué hago yo ahora? ¿Qué hago? Pegarme un tiro, y así concluimos de una vez. (*Al volverse se encuentra con Tiburcio, que se ha ido acercando hasta caer de rodillas junto á él. Al mismo tiempo Doña Victoria y Luisa se le acercan silenciosamente por el otro lado.*)

TIBUR. ¡Perdon, señorito!

VICTOR. ¡Perdon, don Alejo!

ALEJO. ¡Doña Victoria, Luisa!...

VICTOR. Yo le he insultado á usted injustamente.

LUISA. Mamá no sabía...

TIBUR. Yo no lo he hecho á mal hacer, se lo juro.

ALEJO. (*Volviéndose á uno y otro lado.*) Pero...

VICTOR. Yo le he llamado á usted gallina... Pero como usted me alzó el gallo...

ALEJO. Señora, yo...

VICTOR. Los señores Paletilla me han explicado la equivocacion del periódico...

ALEJO. ¿De véras? Es decir que...

VICTOR. No, no se alegre usted; porque al mismo tiempo han dicho que ya no es usted bastante popular para ganar treinta mil reales de sueldo.

ALEJO. ¡Luisa, la desgracia nos persigue!

TIBUR. Señorito, que me canso de estar así.

ALEJO. Pero ¿qué es lo que quieres, hombre?

TIBUR. Usted me dió una carta para que la llevára á la oficina...

ALEJO. Era mi dimision.

TIBUR. Pues bien, señorito, no me riña usted: se la he vendido al inglés que vive en el segundo.

ALEJO. ¡Cómo!
VICTOR. y LUISA. ¡Cielos! } *Los tres á un tiempo.*

ALEJO. ¿No la has llevado? ¡Tiburcio! ¡Tiburcio! ¡Eres un grande hombre! Voy á deberte mi porvenir, mi felicidad... porque ya podemos casarnos ¿no es cierto? (*A Doña Victoria.*)

VICTOR. No hay inconveniente. Pero reflexione usted sobre mis condiciones.

ALEJO. Señora, yo no estoy ahora para reflexionar.

VICTOR. (Tiene razon: entónces no se casaria.)

ALEJO. Lo que si he aprendido es que aunque se vea uno por las nubes, á lo mejor...

TIBUR. Cae el globo y... ¡pataplum!

ALEJO. Justo.

(*Al público.*)

Yo fundé mi vanidad
En el aire; feo delito,
Del que me acuso en verdad;
Vuestro perdon solicito,
Y pues me mirais contrito,
Tratadme con caridad.

(*Cae el telon.*)

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de la *Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Hijos de Fé*, Carrera de San Jerónimo, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.